venerables muftis, y las iglesias romanas con sus altares colgados de exvotos y mila, gritos de metal, y sus infierno, purgatorio, paraíso, conventos, púlpitos, frailes, votos, sábados, bulas, procesiones, te deums...

—¡Todo eso se va!

—¡Cómo! ¿se va Dios?

—No; Dios queda; lo que se va es Brama sobre su ganzo, Mahoma sobre su yegua, y Cristo sobre su burro, lo que se va es la forma estúpida en que tuvimos la audacia de presentarlo; forma que tuvo su razón de ser en época en que era lo mejor. Bendito mil veces el advenimiento de ese dogma cristiano que aniquiló absurdos mayores, que proclamó la igualdad, que consoló al esclavo, que enalteció á la mujer, que salvó la sociedad; pero que hoy no corresponde, hoy es rémora al progreso, porque el progreso avanza y el dogma se estaciona.

—Pero ¿con qué reemplaza, desgraciado, la creencia que destruye?

—Con la razón, con la verdad, con la lógica, con un dios que sea Dios.

—¡Se me vuelve usted un renegado!

—No tal; mis creencias son más sanas y firmes que las de usted: que no sea católico, ni griego, ni judío, no se opone á que sea creyente; creo en lo que se debe creer; en Dios, en la otra vida, hasta en premios y castigos; pero mi razón me prohibe correr al tañer del bronce á doblar la rodilla ante un Dios de barro ó de alcornoque, mi conciencia se resiste á ese fárrago del culto externo, invenciones distintas en cada pueblo, útiles para los que cobran, pompas para disimular el vacío de la creencia, blasfemias con que se empequeñece y deshonra al Supremo Hacedor, que aún en el caso que fuera hipótesis, sería el más excusable de los convencionalismos sociales.

—Por ese camino va usted á la desorganización y al abismo. Prefiero la humanidad actual religiosa, creyente

y que espera, á esas incrédulas antropoplacias. Ya que no construís no destruyáis, y sobre todo, no escandalicéis.

—Crea usted lo que guste y no me imponga su credo, que la intransigencia es acicate que impele á la negación; en mi concepto sólo por la libertad de conciencia puede perdurar la vacilante credulidad de los contemporáneos. Esa antropoplacia tendrá también su creencia; pero la sacratísima fixión de hoy se irá cuando llegue la verdadera revelación no dictada por un fanático, sino nacida en cada cerebro por el trascurso de los años.

—Pues qué ¿ellos también tendrán años?

—No lo dudo, siempre que á igual distancia que ahora quede la Tierra del Sol (que si no queda, ni será tal Tierra ni será tal humanidad) tendrán su año de 365 días y aún el sobrante que exigirá un cómputo Juliano y una corrección Gregoriana, y contarán sus horas y sus días, ¿por qué no? Débil en su principio, nacerá la máquina de partir el tiempo; acaso tendrán primero su clepsidra, ó reloj de agua de nuestra antigüedad, vendrá luego la ampolleta ó reloj de arena de nuestra edad media, luego el cuadrante solar y al fin un Galileo á quien ocurra notar el isocronismo de las oscilaciones del péndulo para de ahí venir á parar en un reloj tan perfecto como el Strasbourgo; y comenzarán á medir su época, es decir (aquí sí puede usted reirse, amigo mío), ¿sabe usted lo que quiere decir que comenzarán á medir su época? quiere decir que del pequeño espacio de tiempo que toque á esa humanidad, de los treinta ó cuarenta milloncitos de siglos que tengan de duración, cogerán un cacho, y ese lo dividirán en espacios menores, y muy orgullosos dirán: han pasado 6,000 años de la creación del mundo según un padre Petavio, y tantos más cuantos de tal suceso, según un Varron—y tantos del Diluvio... sí, amigo, porque en ese lapsus de algunos millones de siglos podrán tener su diluvio, es decir, podrán existir en la última de las grandes convulsiones que

experimente ese globo en su re-formación; porque globo ha de ser si gira.

—Pero ¿nada me dice usted de su política, de sus gobiernos?...

—¡Oh! por desgracia la antropoplacia tendrá su infancia como nuestra humanidad y disparatará en eso como nosotros. Impelidos por la codicia esclavizarán á sus semejantes, y siempre en su Buda, ó su Biblia, ó su Talmud, sus Vedas ó su Koran, su Zend avesta, hallarán textos que justifiquen, y acaso que santifiquen, sus demasías; sin pensar que los nuevos Visou, Valmiki, Mahoma, Moisés, Zoroastro, ó quienes quiera que tales doctrinas sentaren, lo habrán hecho en conformidad con las influencias que les rodearen, es decir, conforme á lo que era y no á lo que debía ser. Y como el pueblo, en su atraso, se negará á creer lo que no tenga origen sobrenatural y absurdo, ahí tenéis como se atribuirán al Espíritu Supremo á veces preceptos higiénicos, leyes morales, pero á veces también ciertas *miseritas* que aún en boca del legislador no pasaran de niñerías.

Pero con cerebros más perfeccionados evitarán quizá los horrores del martirologio, de la inquisición, del feudalismo y otros; evitarán que el fanatismo los haga degollarse unos á otros por quimeras, y llegará en menos tiempo para ellos el día de la luz, y antes que nosotros, no lo dudéis, tocarán al estado de mejora relativa á que les corresponda llegar.

—Veo que en esa humanidad *pósthuma* se estudiarán las ciencias.

—Diga más bien *postígnea*. Sí, señor, se estudiarán; el hombre tendrá, como al presente, dos campos que observar: «el cielo azul sobre sus cabezas y el interior de su propio sér.» Aún cuando las estrellas pasaren también por el estado de fusión simultáneamente, ya su nueva luz habrá llegado á la tierra, pues anda 77,000 leguas por segundo, y esto hará que en alguna futura Caldea nazca la nueva astronomía, y si hay algún Nilo que inunde terrenos y barra linderos allí, en ese nuevo Egipto, nacerá la geometría. Tendrán el oro, ó algún otro metal representativo de los valores; buscándolo el interés fundará una disparatada ciencia, la alquimia, basada en un absurdo, pero de cuyos errores, así como del estiércol se engendra una bella flor, nacerá otra ciencia, la grandiosa Química. Esas ciencias en su cuna lucharán con la preocupación... ¡oh! la preocupación tiene todavía que dominar en muchas antropoplacias y ha de ser todavía causa de todas las desgracias que acarrea á la humanidad el desoir los sabios dictados de la naturaleza... ¿Qué queréis, no podrán pensar todos del mismo modo y cada cual querrá tener razón? Porque, allá como acá, nada impedirá, si nuevos elementos no se unen á los que nos constituyen, que aquí al aire ó el alimento ó el zumo de la uva haga voltarios y decidores á los habitantes de las Francias venideras, y esas ó cualesquiera otras causas retraídos y ensimismados á los de las futuras Alemanias. Y ahora supongo que va usted á hacerme otra pregunta: si piensan de igual modo, dirá usted, ¿serán también iguales sus inventos á los nuestros?

—Justamente: eso pregunto.

—Pues la respuesta es muy fácil; dando que nuevos elementos no engendren nuevas leyes mecánicas, las ciencias exactas han de ser siempre las mismas é idénticos sus principios. Si hubiera habitantes en la luna y estudiaran Geometría, sus problemas serían los nuestros y sus verdades y axiomas los nuestros, y sus grandes hombres como los nuestros, porque no podrían ser otra cosa. Esto ya se ha dicho, y bien sabe Vd. que en tal idea y una serie de hipótesis, basaba Herschel la posibilidad de comunicarnos con los selenitas. Tales elementos, tales hombres, á épocas como la de Augusto, hombres como Virgilio; y como las épocas se repiten y se renuevan, he aquí que también se reproducen los hombres prominentes en el curso

de las edades; la ley de herencia no es sólo para las especies, lo es tambien para las inteligencias, y por eso los hombres útiles al acervo social, nacen cuando la humanidad, en sus períodos de avance ó de fiebre les da cuna, así para el mal como para el bien; sin el 93, imposible Napoleón; la corrupción romana engendra un Juvenal; sin las bárbaras creencias del Asia occidental, imposible Mahoma; no es el mónstrno Nerón, sino el imperio decadente y vicioso que lo alienta y soporta, y á este tenor, millares de ejemplos. Hay un concurso de fuerzas cósmicas, étnicas, psíquicas, que en harmonía con las leyes de las evoluciones sociales, promueven la aparición de esas eminencias, buscadores, que dijo Kant, productos, antes que causas, del progreso social.

En la antroplacia, pues, como sucedió en la antropopalia, y como ha sucedido entre nosotros, el eterno móvil del interés, perdida con los siglos la sencillez primitiva, conducirá á los unos al campo de la ciencia y los descubrimientos, así como empujará á otros al antro del crimen; y los inventos se sucederán como las verdades de las ciencias.

—¿En el mismo orden?

—Si; porque, como he dicho, no son los hombres, sinó las épocas, ni ha habido hombres grandes, sino grandes épocas, es decir, épocas lógicamente necesarias y adaptadas á lo que necesitaban producir.

Como el hombre de la niñez á la juventud pasa sus trámites imprescindibles, así los pueblos, así la humanidad se vigoriza gradualmente y avanza hacia una meta común. En su época, esa humanidad venidera tendrá su Colón, si hay Américas que descubrir, y si llegada la época no aparece un Colón cualquiera otro hará, cuatro días después, el descubrimiento, y á falta de grande hombre lo realizará un pelagatos, porque los colones vienen justamente cuando la humanidad los necesita. Y eso pasa con los inventores, porque las invenciones no son más que descubrimientos:

y el hombre cree haber creado; ¡vanidoso! ¿creado qué, si todo estaba ya preparado por la Naturaleza? Guttenberg no inventó, *descubrió* la imprenta cuando llegó la hora de la imprenta, como Gama descubrió la India, como Cook descubrió la Occeanía, cuando llegó la hora de la Occeanía; el alquimista Brandt, buscando oro, encontró fósforo, como el navegante genovés, buscando un paso, encontró un nuevo mundo. ¡Y decimos inventar! «Pero desde siglos atrás, toda marmita al fuego, ó todo líquido que hervía, nos denunciaba el vapor, y toda arista arrebatada por el vendabal, nos revelaba el aereóstato, y todo rayo imantando una barra de hierro, nos gritaba con voz de trueno: ¡insensato, ahí tienes el telégrafo! como toda manzana desprendida del árbol, aunque no aplastara la nariz de ningún filósofo, le decía: «Ciego, acaba de dar con la atracción universal!» Y aun más, muchas de las que llamamos invenciones, no son ni descubrimientos, sino meros hallazgos. Los árabes de España inventaron, se dice, el Algebra, pero existían en las Matemáticas las leyes por donde datos conocidos llamaran á los incógnitos: el telescopio no fué inventado ni descubierto, sino encontrado por un vidriero de Londres; Tubal cain encontró la flauta. Uno y otro existían... ¿dónde? en las leyes de la Optica, en los principios de la Acústica, y así dormían los inventos en los principios de las ciencias: el filósofo los patentizó como el artista patentiza la bella estátua que se oculta en todo trozo de mármol.

Ahí tiene Vd. por qué pienso que en las humanidades que nos hayan de suceder se inventarán ó descubrirán las mismas cosas que en la presente, y Vd. también lo pensará si recuerda que, aquí mismo, los chinos tenían su brújula, su imprenta, sus pozos artesianos y otras que no habían tomado de los europeos. Siempre con la reserva de que avancen más hacia la perfección, porque serán en sí más perfectos que los hombres: quizás no tengan, como nosotros tuvimos, una cosa inmaterial, y que, sin embargo,

ardía en pailas de aceite; acaso no se lancen á llamar estado perfecto al de una continencia antinatural y cuasi imposible; tratarán de ser físicos antes que metafísicos; comprenderán que el hombre, átomo perdido en la eternidad de los tiempos y en la inmensidad de la materia, tiene bastante que investigar á su alrededor, sin buscar incógnitas indespejables; tendrán papas honrados, si aun hay papas; habrá reyes justos, si aun los códigos no han reemplazado á esas vejeces de nuestra etapa. Cristalizarán el carbono, vivirán en mejor esfera, murmurarán notas musicales sus arroyos...

—¡Delicioso cuadro; quisiera verme en él! Pero antes, dígame: ¿serán tan buenas mozas como las nuestras las damas de esa antropoplacia?

—Voltaire decía que si el sapo pudiera hablar y se le preguntara cuál era el animal más hermoso de la creación, respondería... ¡la sapa! Cada animal está adaptado al gusto del sexo opuesto á que se destina. ¿Cuál es el tipo más hermoso para el africano? No será la ideal Anadiomena de Apeles, ni la artística Venus de Praxiteles, sino la etiope de frente aplastada, de labios gruesos, de pelo crespado, de tez color de cuervo y olor de ídem; ¿no nos enseña la Geografía que las circasianas son las mujeres más hermosas del globo? Pues quizá á usted no le gustan, porque dejando á un lado la estética, Vd. busca un pie cubano, un talle francés, una nariz griega, ojos árabes, etc., y todo eso impregnado de sal andaluza, formaría para Vd. el animal más lindo, como dijo Bretón, que Dios crió en este mundo. Y es, en efecto, lo más bello... para nosotros, como nosotros para ellas, bien que estéticamente, el hombre, como en los demás animales el macho, sea el más hermoso.

Contestaré, pues, á su pregunta diciendo que las damas de la antropoplacia serán lo que deben ser en conformidad con su globo, su calor, su luz y adaptadas al gusto de los varones á que se destinen, como éstos al de ellas; á no ser, y es lo más probable, que sea el gusto el que se adapte á lo

que le rodee. Que en lo general, las leyes de la estética se formaron en harmonía con lo ya creado. Me dirá Vd., por ejemplo, que la sabia naturaleza vistió los campos de verde porque era éste el color más saludable á la vista, y yo diré que la sabia naturaleza fué constituyendo los ojos ojos adaptables al color que habían de mirar: y si á diferente distancia, diferente refracción de la luz, puede ser que el color dominante en la nueva tierra sea para la vejetación azul ó rojo, y á él quedarán adaptadas las pupilas, y á las nuevas exigencias se ajustarán las leyes del buen gusto: bien proclama esta verdad, entre nosotros, la variedad de las modas: lo que hoy nos parece grotesco y estrafalario, nos parecerá mañana bello si lo vemos en uso general.

—Sólo falta que me resuelva Vd. una duda: ¿Esas humanidades venideras llegarán á sospechar la existencia de sus precedentes?

—Lo que es sospechar lo hago yo, sin ser más que un hombre de la actual, ellos harán más; ellos la probarán; la manifestarán.

—¿Por dónde?

—¡Quién sabe!... ¡Lo ignoro! Pero el ignorarlo yo no prueba que la cosa sea imposible. Está escrito: todo lo arcano ha de ser revelado; todo lo oculto será puesto en evidencia. No olvide Vd. que tenemos en nuestro favor la observación, el silogismo, la experiencia y... ¡la Regla de Tres!

Si todo ha de pasar por el estado de fusión, si de un nuevo caos ha de brotar la nueva existencia, bien se ve que ni nuestros libros, ni nuestra ilustración, ni nuestra humanidad, en fin, ha de ser precedente de la que siga; pero los tiempos sí serán precedentes los unos de los otros, pero el cerebro, entre ellos, se perfeccionará más que entre nosotros, y leerá el Gran Libro de la Naturaleza, hoy cerrado en muchas de sus páginas.

Quién sabe si la luz caduca, si la electricidad envejece, si las materias simples sufren por el tiempo, y si á través

de sus *arrugas* se cuentan mañana los siglos ó los evos de su existencia, como cuenta el arqueólogo los años del Nilo por las capas de lino, ó la edad de un muro arruinado por los estratas vejetales que siembra en él la mano del tiempo. ¡Cuántas de nuestras hipótesis serán verdades probadas para ellos, los pósteros! acaso esas ciencias aún medio ocultas que este siglo lega al porvenir, espiritismo, sugestión, teosofía, madurarán y dejarán de ser mitos. Yo veo que la Naturaleza en su incesante proceso de destrucción y reconstrucción, parece que tiende á favorecer los esfuerzos de la criatura humana, y siempre que ésta con noble empeño busca la verdad, ella viene en su apoyo. Hay siempre un eslabón que une lo cógnito á lo incógnito y que nos hará conocer aún mucho de lo que nos figuramos incognoscible. ¡Adelante! la idea es noble; pues ella triunfará. ¡Cuánta razón tiene Schiller en su soneto á *nuestro* Colón, es decir, al colón que tocó á nuestra humanidad, cuando le dice:—«No desmayes, valiente marinero, si la América no existe, un continente surgirá del fondo de los mares para realizar tu idea.»

Es que la Providencia que amontona polvo sobre polvo, que para ayudar á la investigación guardó un mosquito prehistórico en resina petrificada, como conservó las huellas de la tortuga antediluviana, la Providencia nunca niega su concurso á los que quieren probar su propia grandeza. Ella parece decir al hombre:—«Afanáte, y serán premiados tus afanes, busca y hallarás; siempre hay luz para quien solicita el bien, y escollos para quien procura el mal. Te doy ese globo para que lo habites y te doy la inteligencia para que lo modifiques á tu antojo: yo acepto estrechos, lagos, mares, penínsulas y ríos donde no los había creado: cambia sábiamente tu Geografía física ya que cambias torpemente tu Geografía política: te estorban esos valladares de Suez y Panamá? pues córtalos; ¿te molesta ese árido Sahara, cuna de simounes? pues marifícalo; ¿te hice demasiado frío el clima de Europa? cambia la dirección de una corriente del Atlántico y dulcificarás ese clima; ¿te separé demasiado á Inglaterra de Francia? pues únelos por una vía submariterránea »

Cuando el hombre en su anhelo por descubrir la verdad quiso leer la historia de los astros, la Naturaleza le dijo ¡busca!... y encontró la combinación de vidrios que debía reflejar la imagen y movimientos de esos mundos lejanos; un día necesitó labrar y embellecer ese cristal inatacable para todos los cuerpos... ¿para todos? ¡no! debía haber una excepción... y se presentó el ácido fluorhídrico: quiso el hombre reproducir su imagen en minutos, la pretensión era noble y justa, no podía faltar el modo de realizarla... y no faltó, porque la naturaleza había preparado desde ab initio el nitrato de plata; es decir, había dispuesto que esta sustancia fuera descomponible á la luz, como había preparado algo que le marcara la dirección en los mares, y algo que atacara al oro y algo que ardiera espontáneamente y para que descubriera la química la afinidad y lo que es más los diversos grados de afinidad. Y si algún día exige sustancia que sin agente externo dé sonidos, ó sin ayuda estraña se electrice, que la busque, ella aparecerá! Acaso era justo que el hombre ignorara la composición de esos planetas que ya había pesado y que giran con nosotros al rededor de un centro común? Pues cuando quiso saberlo la Naturaleza le dió el espectróscopo. ¿Hay habitantes allá...? pues esperad que ellos se manifestarán... quizás algún día en esas rayas negras reveladoras de lejanos gases. veremos aparecer misteriosos signos que nos trasmiten... pero no soñemos! Suficientes datos presenta á nuestros ojos el pequeño mundo que podemos estudiar: todo está en saber aprovechar los elementos que nos rodean: si hay sustancias, como la zizaña, que parecen servir de estorbo, es que el hombre aún no se ha ilustrado lo bastante para hallar su aplicación. Que la busque con fin noble, y la hallará, que la ilustración no retrograda sino cuando la

intención humana no guarda harmonía con los sabios y previsores designios de la Providencia.

El progreso de hoy retroceso de mañana?... ¡jamás! Ni en lo físico ni en lo moral; el filósofo que emitió esa idea sólo hizo una pregunta, y aún eso bajo la presión sin duda del desencanto. El retroceso es una apariencia engañosa, un efecto de espejismo mental en el hombre débil que toma por ley natural lo que es fugaz y contingente; como es crecer condición precisa del infante y no puede empequeñecer, así es deber de la Naturaleza progresar y mejorar, sin volver atrás sino en apariencia: las cosas retroceden como el tortuoso arroyo que siempre avanzando al mar retrocede parcialmente por las sinuosidades del terreno: para la yerba que cubre el prado, para los séres animados, para el hombre, para el mundo y para los mundos no hay otro retroceso pósible sino ese. Suponed que vais de Madrid á Sevilla, teniendo que pasar por Santander. Al salir de Madrid hacia el Norte ¿os alejáis de Sevilla? No; os acercáis por un camino que al parecer se aleja. Por eso creo que el hombre probará algún día la realidad de lo que hoy emitimos como hipótesis aventurada.

—Pero entretanto, amigo mío, usted olvida que tiene delante un cadáver.

—¡Es verdad! volvamos á nuestro cadáver.

XVI

¡Miradlos!

¡Miradlos!... ¡qué feos son!

Blandos, blancuzcos, acilindrados, sumamente flexibles, á lo más de dos á tres milímetros de largo y con latitud casi microscópica, se mueven con lentitud relativa, pero su movimiento es incesante.

Si los comprimís entre los dedos os dejan un humor incoloro y glutinoso; si los probárais, que no los probaréis, os dejarían, como los del queso, sabor análogo al del centro en que viven y de que se nutren.

Tienen horror á la luz del sol, y cuando heridos por ella se ocultan en sus nidos y en los agujeros que han abierto en la piel.

Así mismo parece que la limpieza les infunde asco y repulsión, como sucede á todos los bichos inmundos. Si hay herida en el cadáver, allí, á la sangre coagulada acuden los dípteros que los engendran, y allí se aglomeran á millares, los unos sobre los otros, siempre en moción y siempre deprisa, como agentes mercantiles ó como abejas en su labor; diríase que cual en la ardilla y el canario, el